

á ser para el hombre toda una plenitud; plenitud de verdad para su entendimiento por las altísimas revelaciones que posee, plenitud para la voluntad por las promesas inefabiles que espera, plenitud para la libertad por las infatigables reglas y eterna sanción de la Lei divina que la sujeta y el gran poder de la gracia que la fortalece: ved cómo este *creo* que un cristiano hace pasar de su corazón, á sus labios, expresa la conciencia mas plena de la verdad, la confianza mas tranquila en las promesas; cómo la creencia es no solo verdad reconocida y confesada por el individuo, sino vínculo estrechísimo de toda la sociedad católica y distintivo de todos los hijos de Dios en la dilatada carrera del tiempo. Habéis admirado sin duda esa transformación maravillosa producida por la creencia católica en toda la humanidad, esa regeneración de la inteligencia, cuyos horizontes se iluminan y se dilatan; del corazón, transformado en santuario de la Divinidad y conducido hasta un heroísmo de virtud que la tierra no conocía; de la libertad, encumbra con el doble poder de la naturaleza y la gracia hasta la altura sublime de una abnegación universal; de la sociedad, repuesta en sus bases primitivas, moralizada en su legislación, consagrada en su gobierno, santificada en la obediencia. ¡Cuántos bienes, hijos míos! ¡Cuán liberal es este Dios que así se ha portado con sus creaturas! ¡Cuán magnífico en sus dones! ¡Cuán amoroso en sus designios! ¡Ah! ¡Por mucho que el alma se dilate y extasíe, nunca podría, temedlo por cierto, llegar á comprender toda su grandeza, apreciar debidamente los tesoros de su fe! ¡Sea Dios, amados hijos, bendito y alabado por los siglos de los siglos! Nunca dejéis de elevar vuestro corazón á Su Majestad y presentarle sentimientos correspondientes al inmenso beneficio de la fe: pedidle sin cesar que os conserve, que os afirme en ella para siempre, que os la dé tan universal como la presenta el Apóstol, cuando dice que el justo vive de la fe, tan viva y santa que recoja en vosotros el triple homenaje de la creencia, de la esperanza y del amor. <sup>1</sup>

<sup>1</sup> Todos los párrafos colocados entre comillas en esta instrucción sin una cita [especial, los he tomado en extracto de mi obra intitulada *Exposición de la Doctrina católica sobre los dogmas de la religión*, Libro primero, capítulos VII, VIII y IX.



## PRIMERA PARTE

DE LA

## DOCTRINA CRISTIANA.

## QUINTA INSTRUCCION.

SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS.

*Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus.*  
Dijo el necio en su corazón: "No hai Dios."  
Ps. XIII, v. 1.

<sup>1</sup> EN la precedente instrucción, amados hijos, procuré daros una idea clara y precisa de todo lo que representa la primera palabra del Símbolo católico *creo*, con el fin de que entendieseis bien cuál es el verdadero carácter de este asenso que tributamos á las verdades que Dios nos ha revelado y la Iglesia nos propone, y cuál tambien el influjo de la creencia católica en el desenvolvimiento y marcha de la razón humana, en la perfección de la conducta individual, y en la constitución, firmeza y orden de toda sociedad. Ahora debo entrar en la exposición de estas verdades mismas, hablando de cada una de ellas en el orden con que las presenta el símbolo de los apóstoles. ¿Cuál es la primera verdad que profesamos en este símbolo? La de un Dios perfectísimo, eterno, inmenso, soberano y Señor de todas las cosas. Esta es en efecto la verdad por excelencia, porque sin ella no habría verdad ninguna; es la verdad primitiva, puesto que representa la primera causa, sin la cual ningún conocimiento tendríamos de los efectos, y por consiguiente quedaría nuestro entendimiento sumergido en el caos; es la verdad fundamental, porque sobre ella se levanta el noble y grandioso edificio de la sabiduría, decorado con la doble luz de la inteligencia y de la fe; es la verdad mas íntima para el hombre, pues que representa su primer principio, rige todos los pasos de su vida física y moral, y encierra el conocimiento, las promesas y la seguridad infalible de conseguir

su último fin: es una verdad sentida en lo mas profundo del alma, reconocida por todos los pueblos de la tierra, manifiesta en el inmenso y sublime cuadro de la creacion, encontrada en el fondo de todas las ciencias, demostrada por el humano discurso, y enseñada igualmente por la fe.

2. Por esta razon, amados hijos, no podemos considerar ningun objeto creado sin encontrar allí la existencia de Dios; ni hallar pueblo que no la reconozca, ni tiempo alguno en que haya sido ignorada, y por esto vemos á los mas claros ingenios de la antigüedad gentilica explayar su pensamiento en la idea de un Dios, y formar con solo las luces de la razon humana una ciencia de Dios y de sus atributos, que se ha llamado *Teología natural*. Mas cuan suficiente ha sido y es la razon del hombre para conocer que Dios existe, ha sido tenebrosa y del todo insuficiente para explicar quién es. Hé aquí porque los catequistas del pueblo fiel han pasado por alto regularmente la existencia de un Dios, ó mejor dicho, la han dado por supuesta sin necesidad alguna de explicarla, para venir directamente á la nocion de Dios, esto es: á manifestar quién es, cuál sea su esencia y naturaleza, cuáles sus atributos y perfecciones. Por esto nuestro manual catecismo comienza preguntando, no si Dios existe, sino: *¿Quién es Dios?*

3. Grato fuera para mí, carísimos hijos, seguir el mismo ejemplo, desentendiéndome de probaros la existencia de Dios, y comenzando desde luego por explicaros quién es. Mas acabó ya el dichoso tiempo de pasar en silencio la explicacion de ciertas verdades; porque no hai una sola que no sea objeto de cavilaciones y disputas: hasta ésta, que proclama la naturaleza entera, que hallamos escrita en el fondo de nuestro corazon y en las bóvedas del cielo, ha tenido contradictores. Será pues muy conveniente hablaros de ella, manifestando cómo, siendo rigurosamente fundamental, así para la razon en cuanto cae bajo su dominio, como para la revelacion, tiene pruebas de todo género que la demuestran y corroboran.

4. En mi undécima instruccion preliminar os hablé de los tres diversos modos con que la verdad está en el alma; pues unas veces la percibimos por nosotros mismos, otras la sabemos por el testimonio de los hombres, y otras por la revelacion divina. Os hice ver asimismo, que estas tres formas de la verdad tienen lugar en todos sus objetos, es decir, en el órden metafísico, físico y moral. Ahora bien: la existencia de un Dios es una verdad tan manifiesta, tan constante y universal, tan esencial en todas las cosas, que para negarla se necesita nada ménos que toda la ceguedad de una alma envuelta en el cieno de la corrupcion. Por esto el Profeta-Rei, queriendo fijar el origen de un error tan craso y en cierto modo incomprensible como el ateísmo, hace salir el grito de *no hai Dios*, del fondo mismo de un corazon corrompido, y califica de *neocio* al hombre que se atreve á proferir esta herejía. "El necio dijo en su corazon: No hai Dios." *Disixit insipiens in corde suo: "Non est Deus."* Ninguna calificacion mas propia, en efecto, merecen los ateos, que la de necios ó insensatos; pues para negar á Dios, es necesario renunciar no solamente á la fe, sino tambien á la vista que nos lo manifiesta en todas partes, á la historia que nos muestra la creencia de esta verdad en todos los siglos, á la razon que nada puede sin ella explicar ni concebir. La existencia de Dios es una verdad que se manifiesta donde quiera, siempre y bajo la triple forma con que reside en

el alma; la descubrimos por ciencia propia, la sabemos por el testimonio humano, y la conocemos por la revelacion divina. Esto es precisamente lo que voi á probaros ahora, demostrando en primer lugar, que la existencia de Dios es una verdad que se descubre por el simple uso de la razon; en segundo lugar, que la existencia de Dios ha sido en todos tiempos y lugares la creencia del género humano, lo cual se prueba con el testimonio de los hombres; en tercer lugar, que la existencia de un Dios ha sido revelada por el mismo Dios á los hombres.

## I.

5. ¿Cómo podemos tener ciencia propia de la existencia de un Dios? Por el simple uso de la razon, hijos míos; pues con solo atender á lo que existe y pasa, ya dentro ya fuera de nosotros, podemos persuadirnos de que hai un Ser Supremo, principio universal de todo, Creador y conservador de cuanto existe; perfectísimo, infinito, es decir: un Dios. ¿Qué es la ciencia? Conocimiento de las cosas por sus causas. ¿Cuál es pues su principio? El que todo tiene una causa, esto es, un ser de donde haya provenido, ó una razon suficiente para existir. Esto es tan claro, obvio y manifiesto, que pasa como un principio evidente, que no necesita probarse, y ántes bien sirve para probar las otras cosas. ¿De qué manera la ciencia nos demuestra clara y evidentemente que hai un Dios? De una manera muy sencilla: considerando que tanto nosotros como todo lo que conocemos, ha tenido un principio, y por consiguiente una causa. En mi primera instruccion pastoral números 4, 5 y 6, os he dado la prueba científica y general de la existencia de un Dios, manifestando que, con solo atender á lo que pasa en nosotros mismos y en los seres que conocemos, basta para convencerse de la existencia de un Dios. En mi sétima instruccion preliminar probé dos cosas: primera, que Dios es nuestro primer principio; segunda, que Dios es nuestro último fin. Para demostrar lo primero, probé que sin la existencia de un Ser Supremo, nada de cuanto existe podria explicarse ni concebirse: manifesté que la existencia de Dios es una verdad fundamental, demostrada igualmente por la conciencia, la humanidad y el universo; que en Dios comienza todo, y solo él no empieza jamas; que con él se explica todo, y sin él nada se comprende; que en él vive todo, y sin él nada existiria. Sin volver pues á tocar aquellas pruebas generales, que se reducen á un simple raciocinio, cual es el que todo ser que comienza y puede concluir, que es limitado y contingente, supone un Ser que no comienza nunca ni puede dejar de existir, un Ser infinito, un Ser necesario, me limitaré aquí á dos pruebas especiales; una fundada en las necesidades propias de nuestra alma y en el carácter de nuestra vida moral, y otra que resulta de la simple inspeccion del universo.

6. Hai en nosotros una alma racional que quiere, piensa y es libre; consta de dos facultades, cada una de las cuales tiene su objeto propio, esto es, del entendimiento que busca la verdad, y la voluntad que tiene por objeto el bien. El entendimiento conoce por las fuerzas de su razon la verdad relativa, y tiene idea de que existe la verdad absoluta, y de que en clase de tal, es inmensa y no puede ser abarcada por él. Hai mas: aun la verdad relativa es muy desigualmente conocida entre los hombres; unos co-

nocen mayor número de verdades que otros, algunos alcanzan poquísimo, y muchos tienen por verdades una multitud de errores. Ahora bien; existe la verdad absoluta, inmensa y pura, y no existe en el hombre. ¿Dónde está pues? ¿En la materia? No piensa; ¿En la nada? La nada es nada, y en la nada nada puede haber; porque haber y nada se excluyen; poder haber y nada, se excluyen también. Luego la verdad absoluta, inmensa y pura está en Dios; luego nuestro mismo entendimiento con su objeto es una prueba robusta de la existencia de un Dios, en quien reside la verdad absoluta, inmensa, pura.

7. La voluntad quiere y rechaza, porque querer y rechazar es su oficio. ¿Qué quiere? el bien. ¿Qué rechaza? el mal. ¿Y algunas veces no quiere lo que en sí es un mal? Sí; pero lo quiere como bien: luego el bien es el objeto de la voluntad. ¿Y la voluntad en la tierra consigue el bien? No; y esto sucede, ó porque no le conoce; ó porque conociéndole, prefiere otra cosa cediendo á los sentidos y á las pasiones; ó porque, aunque lo conozca y quiera, no le consigue; ó porque, aunque lo conozca, quiera y consiga, le pierde ó teme perderle, y esto la perturba; y siempre sufre algunos males, y nunca posee el bien absoluto, inmenso y puro, y padece las agitaciones consiguientes á la cortidumbre infalible de la muerte del hombre. Luego hai un bien que el entendimiento concibe, la voluntad quiere y el hombre no posee durante la vida. ¿Dónde está este bien? No en el hombre, como acaba de verse; no en la materia, como todo el mundo lo percibe: luego en Dios. Luego la misma voluntad con su objeto prueba la existencia de un Dios.

8. La voluntad es libre, y usa ó abusa de su libertad; se decide frecuentemente por el mal, cuando debiera fijarse solo en el bien. Un paso mas: la libertad en sí es una facultad buena, noble, una cosa que prueba la excelencia de la naturaleza humana sobre la naturaleza física; pero el hombre abusa de ella. Si esta facultad preciosa no estuviese contradicha por el abuso, sería perfecta y fecunda siempre para el bien. Yo concibo una libertad así, pues lo imperfecto no es ni puede ser nunca el tipo del ser. ¿Dónde está esta libertad absoluta, esta libertad nunca pervertida, siempre recta, cuyos efectos están representados en el bien y nunca en el mal? Busquémola en otra parte, pues que no está en el hombre. ¿Estará en la materia? No, porque es inerte: luego está en otra parte, está en el Ser perfectísimo, está en Dios.

9. He dicho asimismo que la existencia de Dios es una verdad que se infiere de nuestra misma vida moral: el corazón la necesita en sus sentimientos, las costumbres han menester de ella para su moralidad, la sociedad demanda imperiosamente para sus fines la creencia de esta verdad importante. ¿Por qué razón esta creencia es en primer lugar una necesidad para el corazón? Porque este vive del sentimiento. El sentimiento es, ya de placer ya de dolor, y en consecuencia necesita el uno de retentiva para no avasallar al hombre y cerrar su pecho al desgraciado, y el otro de una fuerza poderosa contra la desesperación: la retentiva del primero, en la doctrina de la religión, es el temor de perderle para siempre, y el consuelo y lenitivo del segundo es la esperanza de alcanzar el bien que ha prometido el Ser infinito á los que lloran y padecen. Suprimid á Dios con su culto, su lei, su eternidad, y la opulencia insultará de continuo á la desgracia, y la miseria se lanzará ó en el fango de los vicios, ó en la última desesperación.

10. Por otra parte, hai en el corazón una especie de inmensidad que no puede llenar

en lo absoluto ninguna de las cosas que tienen, ó un límite ó término: voga entre una infinidad de impresiones la mayor parte desagradables: es víctima de la ceguedad y ligereza de los hombres, que le calumnian y persiguen, ya porque no le conocen, ya porque le detestan: necesita de un testigo infalible que registre sus mas profundos senos, de un bien sumo que abastezca sus necesidades de amor, de un juez infalible que le otorgue la justicia.

11. ¿Qué triste es, amados hijos, esa doctrina desoladora que pugna por borrar á Dios del inmenso catálogo de los seres, tan ávida por estudiar los efectos como inerte y desdenosa para elevarse al conocimiento de las causas. ¿Cómo explicar el ateísmo, esa negación absoluta de Dios, verdadera gangrena del alma, sino con la postración y ruina de todas las fuerzas morales, con el empeño en destruir la eternidad para entregarse á todos los abusos del tiempo, con el orgullo que nada escucha, y la soberbia que á todo quiere sobreponerse? El ateísmo corrompe el entendimiento, deprava la voluntad, nivela al hombre con el bruto, y es un seguro precursor de la desgracia. El ateísmo, que tan monstruosos efectos causa en el individuo, no sería ménos ruinoso para la sociedad; pues la desquicia destruyendo sus principios cardinales, y la coloca entre tiranías y rebeliones, dejando á la autoridad sin freno y á los súbditos sin costumbres: es el último grado de la impiedad, como ésta el último extremo de la malicia humana. En fin, negando á Dios, de quien todo pende, con quien todo se explica, y sin el cual nada se concibe, mata el ser, y en consecuencia destruye la filosofía; mata las reglas del ser, y en consecuencia destruye las leyes que gobiernan el órden físico, intelectual y moral.

12. ¿Qué os diré de las costumbres? Concedid, si podéis, lo que sería del hombre moral sin la conciencia, sin este tribunal que trae siempre consigo, que juzga sus acciones por la lei, y le hace sentir los efectos de este juicio, ya con el contento que sigue á la práctica de la virtud, ya por los crueles torcedores, resultado preciso de los vicios y los crímenes. Sin conciencia, hijos míos, no hai balanza que pese al hombre moral, ni regulador para su conducta, ni garantía contra sus excesos. Pero, sin la creencia de un Dios, ¿cuál será la naturaleza, el carácter y el poder moral de la conciencia? Ninguno, hijos míos: todo quedaria reducido á la nada; faltaria el fundamento de la imputación que es la creencia de una lei divina; el estímulo para practicar el bien, que es la creencia de una vida inmortal y dichosa; el retraimiento del vicio, que es el temor de una eternidad desgraciada: los remordimientos no existirían, ó serian inexplicables y aun inconcebibles.

13. En cuanto á la sociedad, os pregunto: ¿qué sería de ella sin religion? ¿qué sería de ella sin Dios? Todo estaria vendido al influjo de las pasiones, á la preponderancia de una fuerza brutal, el mando y la obediencia. ¿Cuál podría ser la eficacia de las leyes, si estuviesen reducidas únicamente á la sancion temporal? Nada tan fácil como eludir las, nada tan insignificante y precario como la estabilidad que prometen y los bienes que procuran. El débil sería juguete del fuerte: el órden duraria tanto cuanto un resorte material mientras subsiste la fuerza que le comprime. Contad empero con Dios, con su religion, con su lei, con su moral, y entónces el cuadro se transforma: la sociedad se constituye, la concordia se asegura, el órden se consolida, el mando se dulcifica, la obediencia

cia se suaviza; efectos magníficos de una lei suprema, que no puede ser disputada por nadie; de una lei perfecta, que no tiene hueco ni lunar; de una lei eterna, que preexiste á los siglos, de una lei universal, que á todos obliga; de una lei fecunda, que moraliza toda legislacion; de una lei, en fin, cuyas consecuencias están representadas en la eterna felicidad ó en la eterna desgracia?

14. Véis pues, hijos míos, cómo sin salir de nosotros mismos y del círculo de nuestra vida moral y social, encontramos probada la existencia de un Dios como necesidad del corazón, necesidad de las costumbres, necesidad del estado. Vengámos al universo físico.

15. El órden físico es el conjunto de los cuerpos, es decir: de esos seres materiales que percibimos con nuestros sentidos externos; que vemos, oímos, olemos, gustamos ó palpamos, ó todo junto; es la universalidad de las cosas que están fuera y á la vista del hombre, y cuyo conjunto se llama *mundo*. Pues bien: el mundo no puede ni aun concebirse sin Dios: un mundo sin Dios sería la contradicción mas monstruosa; pues siendo un ente contingente ó reunion de los entes contingentes, ni le puedo concebir sin causa, ni como causa de sí mismo. Esto es tan claro, que los mismos ateos lo confiesan, y por tanto, para combatir la existencia de Dios desembarazándose de esta dificultad, sostienen, ¡absurdo inaudito, empresa ridícula sobre todo encarecimiento! sostienen, digo, que el mundo es necesario y eterno. ¡Qué dirémos á esto! Reflexionad, amados hijos, sobre un hecho de la mayor importancia, y es que el mundo y cuanto contiene no es un ser universal, un ser general, sino un conjunto de seres individuales, y no como quiera, sino de seres que existen, y pudieron no haber existido, y pueden dejar de existir, esto es: de seres contingentes y no necesarios, seres que comenzaron y han de acabar, ó pueden acabar, y por consiguiente no eternos. Haced la prueba. ¡Qué hai, decídmelo, de mas noble y grande en la naturaleza? El hombre. ¡Y qué decís del hombre! Dos palabras que lo expresan todo: "ayer no era; mañana no será." Cien años hace, ó muy poco mas, que no existía ninguno de los que hoy ocupan la superficie de la tierra: dentro de igual tiempo no existirá, tenedlo por cierto, ninguno de los que hoy viven. Haced la misma experiencia con cualquiera de los otros objetos de la naturaleza. ¡Dónde están todos los sembrados del año anterior? En ninguna parte. ¡Dónde estarán los de ahora el año que sigue? En ninguna parte. Habrá semillas en las trojes, pero no existirá la sementera; y estas mismas semillas se consumen y dejan de existir: lei general á la cual se halla todo sujeto; lei de la cual nada está exento. Siguese de aquí rectamente que todo en el mundo físico tuvo principio, nada es eterno, y por lo mismo, que la existencia del universo prueba la de Dios. Tomad al arbitrio cualquier objeto; una piedra, el tronco de un árbol; en fin, lo que queráis: ¡no es cierto que todo esto lo podéis concebir como si no hubiera existido, y comprendéis que sin inconveniente alguno puede dejar de existir, y todo esto sin que se altere el órden general del universo! Sin duda que sí. Pues bien: lo que se dice de un objeto, puede afirmarse de todos; lo que se concibe y afirma de un solo cuerpo, se puede concebir y afirmar de todo el universo. Desengañémonos: el mundo no puede concebirse como necesario, por lo que llevo dicho; ni como eterno, por lo mismo y porque la lei de todo el universo es la de

la sucesion en la duracion, es decir: la del tiempo, que no puede ni debe confundirse nunca con la eternidad; ni como infinito y absoluto concebirse puede, pues todo en él es limitado, todo respectivo.

16. Pasando al cuadro de la naturaleza física, se ofrecen á nuestra razon, en la multitud innumerable de objetos que contiene, en las relaciones maravillosas que hai entre todos ellos, en la sabia distribución de las partes, en la impresion sublime que nos causa el conjunto, en la fiel correspondencia de cada objeto á su destino, y por último, en las invariables y constantes leyes á que está sujeta la obra divina del Universo, señales infalibles de la Omnipotencia, de la Sabiduría infinita, de la Bondad suma, y en una palabra, de la Providencia benigna, que todo lo arregla y dispone para el bien de los hombres y la gloria del Ser Supremo. Este Dios, escondido á los ojos del ateo, se anuncia con caractéres espléndidos en el bello y magnífico espectáculo del universo.

17. Ved, hijos míos, esa bóveda azulada que llamamos *cielo*; contemplad por una parte la hermosura, por otra la grandeza, por otra la antigüedad, y por otra las maravillas de todos los objetos que pingo á Dios colocar allí á la vista del hombre. Ved el sol, que cuenta ya casi seis mil años de abastecer con su luz á toda la creacion: no le falta un solo punto á su esplendente riqueza, no ha sufrido la mas leve alteracion, y hoy dia se muestra tan bello, tan nuevo, digámoslo así, como aquel en que por la primera vez mostró al Padre del género humano su radiante faz en el paraíso: ved esa luna, que no ha faltado á su destino de dar su luz á la noche, conforme á las mismas leyes que ha observado desde su creacion: ved esas estrellas que parecen representar la corte lucidísima del primero de los astros, tan bellas, que una sola basta para arrobarnos, y tan múltiples, que no parecen, para servirme aquí del bello pensamiento de un escritor, sino brillante polvo arrojado por la mano del Ser Supremo en el espacio. Observad el órden, la permanencia y el desembarazo con que cada uno de estos globos verifica sus movimientos, hace su carrera en el espacio sin embarazarse ni confundirse: ved esa sucesion de siglos, de años, de dias y noches, tan constante, que no han llegado á sufrir una sola excepcion: ved ese tiempo, idea la mas clara y la mas oscura, que se siente y no se define, que nos envuelve á todos y no se deja tocar, el cual nos da la medida de todas las existencias, traza el camino á todos los acontecimientos, y parece destinado á distinguir todo el órden contingente, donde no hai mas que sucesion, de todo el órden eterno donde no hai noches ni dias, horas ni siglos, donde no hai ni puede haber tiempo. Venid luego á la tierra, recorredla toda: sus erguidos montes coronados de robustos árboles, sus valles extendidos, que lucen aquí y allí diferentes trages, digámoslo así, con la verde y menuda yerba, extendida por la liberalidad de la naturaleza, ó las ricas sementeras, en que la virtualidad de la naturaleza está correspondida por la mano del hombre: visitad el reino animal, esa su varia é indefinida escala, en las aves que pueblan el espacio, los brutos que habitan la tierra y los peces que residen en la profundidad de los mares. Contemplad el reino vegetal, depositario de maravillas sin cuento, de incontables tesoros: ved luego la correspondencia en que todo se halla con el hombre, considerado como un ser compuesto de cuerpo y alma: ved esa maravillosa armonía, esa obediencia pasiva de la materia, ese predominio supremo del espíritu: ved en

todas las cosas impreso un sello que no es de aquí, un sello divino, que manifiesta la obra de un ser que no es ninguno de los que componen el universo físico y el género humano.

18. No acabaría nunca, hijos carísimos, si haciendo alto en cualquiera de los muchos objetos que componen el universo físico, me propusiera examinarle con el mayor detenimiento en el vasto sistema de sus relaciones, á fin de conducirlos por una cadena de raciocinios hasta el Ser infinito que ha podido crearles. Pero cediendo á la precision en que me coloca el carácter de este discurso, paso á mi segundo punto, que es el carácter tradicional de esta creencia, ó sea la existencia de Dios probada por el testimonio de los hombres.

## II.

19. En efecto, no ha habido una sola nacion que no haya creído la existencia de Dios. Los historiadores, los filósofos y los poetas, á quienes recurrimos para conocer las ideas, las instituciones y las costumbres de toda la antigüedad, todos á una voz nos atestiguan que la existencia de Dios ha sido en todos tiempos la creencia del género humano: que el culto del Ser Supremo fué primero que todo, precedió constante y universalmente á la formacion de las sociedades, á las instituciones políticas, á los gobiernos civiles, á la formacion de las ciencias y al nacimiento de las artes. Verdad es que no faltó en la antigüedad filósofo y poeta que negasen á Dios; pero estas rarezas nada prueban, hijos míos, contra la subsistencia del hecho. En todas partes hubo altares, templos, sacrificios, tributos piadosos, cánticos sagrados y creencias relativas al dogma de la Divinidad. “Dirigid á todas partes la vista, decía Plutarco, filósofo ó historiador gentil; veréis ciudades sin fortificaciones, ciencias, instituciones civiles, &c.; pero no hallaréis una sola que no haya tenido alguna idea de la Divinidad.” Ciceron establecía la firme creencia de esta verdad sobre el fundamento de la historia: “No hai una nacion tan bárbara, dice, ninguno tan falto de sentido, que no haya tenido alguna idea de los dioses: muchos han juzgado con demasiado absurdo acerca de ellos, cosa que suele suceder á causa de usos viciosos; pero todos asimismo reconocen de comun acuerdo la existencia de una fuerza y naturaleza divina. Ni se crea que el comun lenguaje ó consentimiento de los hombres, ó las instituciones ó las leyes hayan producido esta opinion: porque en todas las cosas el universal consentimiento de todas las naciones ha de reputarse como una lei de la naturaleza.” Esto mismo que dice el filósofo en sus *Cuestiones tusculanas*, ó inculca tambien en su libro *De las leyes*: esto mismo habia notado Sócrates, y después de Tulio enseñó Séneca: mas no me detendré, amados hijos, en citar autoridades, pues necesaria sin duda llenar muchas páginas, y no por esto acabaría.

20. Ahora bien: ¿cómo explicar la antigüedad, universalidad, constancia y perpetuidad de esta creencia, sino por la existencia del objeto mismo á que se refiere? “Yo no tengo, dice á este propósito el Ilustrísimo Frayssinous, necesidad de discutir los motivos que han arrastrado al género humano á esta creencia. Importa poco saber si ha

sido el sentimiento ó la razon, el espectáculo de la naturaleza, ó todo esto reunido y fortificado por la educacion; ¿pero no es indispensable que para subyugar de este modo á todos los hombres, estén pegados estos motivos por sus raices al fondo mismo de nuestro ser, y que sean inseparables de nuestra naturaleza? No tratamos aquí de una opinion especulativa, indiferente y abandonada á las disputas de los ociosos; sino de una doctrina comun á todos, ligada á la conducta del hombre, que no puede mirarse sin el mas vivo interes, continuamente discutida y combatida mas de una vez, pero siempre triunfante. Su origen debe, pues, estar, ó en las preocupaciones y pasiones comunes á todos los hombres, ó en una razon igualmente comun á todos: por aquellas podrá explicarse los errores que han desfigurado el fondo de esta doctrina; pero la doctrina en sí no puede explicarse sino por la razon.

21. “Es pues cierto que el género humano ha creído siempre, cree todavia en Dios, y que esta creencia se halla en el fondo mismo de la naturaleza racional;” que todas las explicaciones que los ateos tratan de darle son insignificantes; que sus sistemas pasarán, y que la fe en un Dios, Arbitro Supremo de todas las cosas, no dejará de perpetuarse entre los hombres.”<sup>1</sup> Mas no nos detengamos aquí, porque se trata de una verdad, no solo demostrada por la ciencia y atestiguada por la historia, sino tambien creida con fe divina. Mas, ¿qué pruebas elegiré para comprobar tal aserto? Ninguna, hijos míos, sino solo esta: “Leed las Escrituras, leed el Símbolo católico. Hai dogmas cuyas pruebas consisten en uno ó muchos textos de las primeras, en una ó mas decisiones de la segunda; pero tratándose de la existencia de Dios, debe decirse que el texto escritural es toda la Biblia, y el texto canónico es toda la Iglesia. Abrid la primera, recoged vuestra mirada en la línea ó renglon con que comienza: ¿qué veís aquí? Todo el dogma de Dios. “En el principio, dice, creó Dios el cielo y la tierra.” Luego hai un Dios, pues primero es existir que obrar; este Dios es ántes que todo, pues el cielo y la tierra creados por él, comenzaron, y él era ya. Luego este Dios es uno, ya porque así lo expresa el sagrado texto, ya porque, si es ántes que todo, no puede ser mas que uno. Luego este Dios es eterno, pues como he dicho, no tuvo principio: luego es inmenso, pues que abraza la creacion; luego es infinito, pues que de él emana, como de causa sin causa, en él comienza como el principio sin principio, y á él se encaminan y enderezan como á fin último sin término, todas las cosas creadas. Seguid vuestra lectura: donde quiera veréis á Dios: Dios dando el ser; Dios conservando lo que cria; Dios trazando la línea que han de recorrer todos los cuerpos; Dios dando su lei á todos los hombres; Dios manifestando su infinita Sabiduría en la economía particular, concierto recíproco y espectáculo general de la creacion; Dios manifestando su Omnipotencia en el hecho de sacarlo todo de la nada; Dios manifestando su Bondad en el hecho de proveer á la subsistencia y conservacion de todos los seres, de crear el universo visible para el hombre, y destinar el hombre para Sí; Dios manifestando su justicia cuando castiga en Adán y su posteridad la primera rebeldía del hombre; Dios manifestando su misericordia cuando condolido de aquella desgracia inmensa, promete un Redentor para que salve al mundo; Dios manifestando su diligente sollicitud,

<sup>1</sup> Conferencias.—La existencia de Dios probada por la fe del género humano.

cuando para liberrar la esperanza de las consecuencias del olvido ó el cansancio de una expectativa dilatada, renueva de tiempo en tiempo esta promesa feliz, y aun quiere que el Mesías sea figurado y representado en los personajes, las instituciones y los grandes acontecimientos del pueblo escogido; Dios comunicándose con el hombre por medio de sus enviados, estableciendo y renovando alianzas con sus creaturas; Dios comunicando su Divino poder á Moysés, inspirando á los profetas, derramando la gloria sobre el Mesías, manifestándose, al través de su Santa Humanidad, en la excelencia de su doctrina y en el portentoso de sus obras; Dios en todas las líneas de la Escritura Santa, en todos los acontecimientos de la historia de la religion, en las esperanzas de los patriarcas, en la voz de los profetas, en la vida y muerte de Jesucristo, en los hechos de los apóstoles, en la propagacion del Evangelio, en la institucion y perpetuidad de la Iglesia; Dios en los dogmas, Dios en los preceptos, Dios en la oracion, Dios en los sacramentos; Dios siempre, Dios en todo. He aquí lo que puedo decirnos acerca del testimonio que dan las Sagradas Letras á la existencia de un Dios.

22. Si de aquí pasamos á la Iglesia, me sucederá lo mismo que tratándose de la Escritura Santa. ¿Cuál es, decidme, su primera obra dogmática? El *Credo*, el símbolo de los apóstoles. ¿Cuál es la primera enunciacion de este símbolo? *Creo en Dios*. Ved pues aquí el dogma de la existencia de Dios encabezando en el símbolo de los apóstoles todos los dogmas de la fe. ¿Qué símbolo sigue al de los apóstoles? El de Nicea, es decir, el Credo que se reza y canta en la Misa. ¿Cuál es la primera profesion de este símbolo? "Creo en un solo Dios." *Creo in unum Deum*. De esta suerte, amados hijos, pudiera yo conducirlos por toda la historia de la Iglesia, y constantemente os manifestaría la enseñanza de esta verdad fundamental. ¿Propaga el Evangelio? Es en el Nombre de Dios. ¿Recibe á un hombre en su gracia por el bautismo? Es en el Nombre de Dios. ¿Encamina sus oraciones al cielo? Habla con Dios. ¿Perdona los pecados? Es con la autoridad de Dios. ¿Define los dogmas? Es con la infalibilidad de Dios. ¿Anatematiza la herejía? Es con la justicia de Dios. En fin, Dios en el principio, Dios constantemente, Dios para todo, Dios en todo: hé aquí lo que halláis en la Iglesia.

23. Concluyo pues, amados hijos, esta instruccion pastoral, en que me ha sido necesario extenderme mas de lo que quisiese, exhortándoos vivamente á que no apartéis nunca vuestra consideracion de esta verdad primitiva, fundamental, fecunda: de esta verdad en que se prueba toda verdad, y sin cuya luz nada podría concebirse, ni ménos explicarse. Hai un Dios; luego yo vengo de él; luego yo estoy sujeto á él; luego yo vivo por él, y en él está mi esperanza y temor, pues recompensa la virtud y castiga el vicio. Hai un Dios; luego yo debo ser justo, debo ser santo: hai un Dios; luego puedo ser eternamente feliz, ó eternamente desgraciado: hai un Dios; luego existe una religion, una moral, un órden eterno. De esta suerte nuestro pensamiento, nuestra palabra, nuestra conducta, siempre bajo el influjo de su presencia, andarán por el camino recto de su lei, y alcanzarán en consecuencia la posesion dichosa de la gloria.

## PRIMERA PARTE

DE LA

# DOCTRINA CRISTIANA.

## SEXTA INSTRUCCION.

SOBRE LA NATURALEZA Y PERFECCIONES INFINITAS DE DIOS EN CUANTO SON CONOCIDAS POR LA RAZON Y POR LA FE.

*Invisibilia enim ipseius, a creatura mundi, per ea que facta sunt, intellecta, conspiciuntur: sempiterna quoque ejus virtus, et divinitas.*

Las perfecciones infinitas de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles despues de la creacion del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan sus creaturas.

Rom. Cap. I, v. 20.

1. EN la precedente instruccion, amados hijos, he procurado el daros á conocer, aunque de una manera mui sucinta las principales pruebas con que se demuestra la existencia de un Dios. Mas no basta esto, es necesario ver aún hasta dónde puede conducirnos la simple razon natural en el conocimiento del Ser Supremo: porque una cosa es el saber que Dios existe, y otra cosa mui diversa el saber quién es.

2. Las mismas pruebas de que nos hemos servido para convencernos de lo primero, bastan sin duda para persuadirnos en general de que el Ser necesario, como causa de todo, es infinitamente perfecto. Toda perfeccion nos da la idea de una cosa positiva, y en tanto la reconocemos en los seres creados en cuanto existen en la realidad. Estudiando estos, nos formamos una idea de la perfeccion, que consiste por una parte, en la sábia disposicion con que se combinan todos los atributos constitutivos de cada ser, y por otra en lo adaptado y propio de cada cosa para su propio fin. Mas, como en todos los objetos creados encontramos límites é imperfecciones, efecto consiguiente al carácter de contingente que tienen, concluimos con toda certeza de nuestras meditaciones y estrudios, que todas las cosas creadas tienen solo una perfeccion relativa. De aquí nos elevamos á otra idea, y es á la de la perfeccion absoluta. ¿Por qué? Porque sin ésta

ciertamente que aquella no existiría. Hai mas: si el ser contingente supone á un Ser necesario que le haya producido; la perfeccion relativa, que es un efecto contingente, supone una perfeccion absoluta de donde haya emanado. Luego un Ser necesario es un Ser absoluta é infinitamente perfecto.

3. Si podemos pues, amados hijos, con solo atender al carácter propio de las cosas que conocemos y seguir con fidelidad los pasos del raciocinio, tener idea de la perfeccion absoluta, no necesitamos de otra cosa, para formárnosla de cada una de las perfecciones en particular, ó sea de cada uno de los aspectos bajo que puede ser considerada la perfeccion infinita. En todos tiempos ha tenido el hombre caminos para llegar á este conocimiento, como lo prueban las ideas que alcanzaron acerca de los atributos de Dios muchos filósofos de la gentilidad. Dios ha querido manifestársenos en sus obras, y no solo como el Ser que existe, no solo como la perfeccion infinita en general, sino tambien como el tipo de cada una de las perfecciones infinitas de Dios: aun su eterno poder y su divinidad se han hecho visibles despues de la creacion del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan sus creaturas: *Invisibilia enim ipsius á creatura mundi, per ea que facta sunt, intellecta, conspiciuntur: sempiterna quoque eius virtus, et divinitas.*

4. Mucho se disputa entre los filósofos sobre la precedencia ó subsecuencia de las ideas de lo infinito y perfecto en el sistema de nuestros conocimientos respecto de todo lo creado, que de suyo es finito, y cuya perfeccion es simplemente relativa. Mas yo dejo á los filósofos en sus disputas; pues cuando San Pablo me abre como un espacioso camino con toda la creacion, para llegar con la luz natural hasta el conocimiento de las perfecciones infinitas del Ser Supremo, no tengo, amados hijos, inconveniente alguno en elevarme desde el hombre hasta Dios, manifestándooos cuáles son sus perfecciones infinitas con solo descubririlas en las que se ha dignado comunicarnos. Somos imagen suya en la tierra: luego tenemos de todo lo suyo en nuestro propio ser. Somos cuerpo y alma, y en lo creado no hai mas que espíritus y cuerpos: luego tenemos en nosotros mismos á toda la creacion: luego con solo estudiarnos atentamente, podemos conocer cuáles son las perfecciones que Dios tiene, de qué modo y en qué grado las posee. Tal es el objeto de la instruccion presente.

5. No haré, sin embargo, aquí una prolija enumeracion de todos los atributos divinos, dando á cada cual de ellos su explicacion correspondiente, pues para esto necesitaría extenderme demasiado, lo cual no debe ser. Mas procuraré hablaros de puntos que lo encierren todo, para que sin ser yo prolijo, vosotros con vuestra meditacion, vuestras lecturas, ó otros medios que no faltan, lleguéis al conocimiento de lo que cada uno de ellos comprende.

6. Os he dicho que el hombre, ser compuesto de cuerpo y alma, no necesita salir de sí mismo para encontrar los principios constitutivos de todas las cosas creadas: su cuerpo resume al universo físico, donde, como sabéis, no hai mas que cuerpos: su alma resume de algun modo el órden espiritual, pues ella basta para dar á conocer lo que es el espíritu, y distinguirlo bien de la materia: os he dicho tambien con el Apóstol que las cosas invisibles de Dios pueden ser conocidas, y lo son de facto, por medio de las cosas

creadas. Luego de nosotros mismos podemos partir para buscar aquello que principalmente caracteriza y distingue, aun á la vista misma de la razon, á este Dios cuya existencia os he demostrado. Pues bien: el hombre nos manifiesta en primer lugar la pluralidad ó muchedumbre; mas Dios es uno: el hombre nos manifiesta en su naturaleza la union de dos sustancias, el cuerpo y el espíritu; mas Dios no es mas que espíritu: el hombre nos manifiesta la limitacion, la imperfeccion, &c.; mas Dios no tiene límites de ningun género y reúne todas las perfecciones posibles, lo cual quiere decir que es infinito. Veamos, pues, en esta instruccion: en primer lugar la unidad de Dios; en segundo lugar, su espiritualidad ó simplicidad; y por último, cómo es infinito, y qué importa este carácter en el conocimiento de su naturaleza.

## I.

7. Aunque la existencia de un Dios haya sido, amados hijos, una verdad conocida y profesada unánimemente de todos los pueblos y en todos los siglos, no por esto han tenido la misma uniformidad las ideas del hombre acerca de la naturaleza de Dios. Hé aquí el origen de aquellas monstruosas fábulas del paganismo y de algunas herejías que se levantaron contra la misma Iglesia despues de la predicacion del Evangelio é institucion de la doctrina. El primer error, ó mas bien el primer conjunto de errores acerca de Dios, fué relativo á su unidad. Los dualistas enseñaban que habia dos Dioses presidiendo al mundo; uno causativo del bien y otro productor del mal. Tuvo esta herejía por autor á Manés, que nació el año 240 de nuestra Era; mas no porque él inventara este error, pues ya le habian propalado los filósofos desde la antigüedad mas lejana, sino porque lo renovó en los tiempos del cristianismo. Otra herejía contra el mismo dogma fué la del *triteísmo*, es decir: la que enseñaba que habia tres Dioses; y esto nació del empeño necio y ridículo de someter al exámen de la razon el dogma de la Santísima Trinidad en su fondo. El otro error, que fué, como ya sabéis, el de todos los gentiles, contra el mismo dogma de la unidad de Dios, fué el *politeísmo*, es decir, muchos Dioses. Contra estos errores vino la verdad católica manifestando que hai un solo Dios, y no puede haber mas que uno: veamos la prueba de esto.

8. Hai un enlace tan estrecho entre la existencia y la unidad de Dios, que sin ésta no podría sostenerse aquella ciertamente. ¿Por qué? Porque las pruebas demostrativas de la existencia de Dios no pueden aplicarse mas que á uno solo: de suerte que, si admitiesen aplicacion á dos ó mas, ya no probarian nada. ¿De qué principios hemos partido para probar que hai un Dios? De los que se refieren á los efectos y sus causas: todo efecto es una cosa hecha, producida, creada; la misma palabra lo está diciendo. Efecto viene de *efficio*: esta palabra está compuesta de otras dos que equivalen á las nuestras castellanas *hacer de*: luego el efecto es una cosa hecha de otra ó por otra, una cosa nacida de otra, producida por otra, una cosa que indispensablemente supone un agente. ¿Y en qué se conoce que una cosa es efecto? en que no existe necesariamente. ¿Qué regla tenemos para saber que una cosa no existe necesariamente? que haya podido no existir. Ahora bien: todo lo que hai, todo lo que somos y cuanto conoce-

mos de lo creado pudo no haber existido y puede dejar de existir, y tan cierto es esto, que nosotros mismos no solo pudimos no haber existido, sino que de hecho no existíamos antes de ser engendrados, y estamos sujetos á la lei de la muerte. De aquí resulta que somos efectos, y que cuanto existe en la naturaleza es efecto. Ahora bien, como todo efecto supone una causa, á todas las cosas les vamos buscando su causa: causas de los efectos, causas de sus inmediatas causas, causa de todo aquello cuya existencia no es necesaria. Así va pasando y corriendo nuestro discurso por esa larga cadena de efectos y de causas, y no pára, hijos míos, sino hasta llegar á un Ser que, por existir esencial y necesariamente, por existir de modo que no puede concebirse sin existencia ni antes ni despues, aparezca con los caractéres de un Ser necesario, que existe por sí mismo y no puede llamarse *efecto*. Reflexionad ahora que un ser de esta naturaleza es único, no admite otro: no puede haber dos, ni tres, ni muchos: el dos, el tres, la pluralidad está en los efectos, en las cosas creadas; mas nunca pueden estar en la causa primera. Suponed que hubiese dos Dioses. ¿Cómo les concebís? ¿como seres necesarios? No. ¿Por qué? Porque, consistiendo la necesidad ó esencialidad del ser en la que suponen todos los efectos para venir de su causa, con un solo Ser necesario basta y sobra para explicarlo todo, basta y sobra para producirlo todo, basta y sobra para conservarlo todo, basta y sobra para regirlo y gobernarlo todo; y si esto es así, ¿para qué se necesita el otro? Para nada. Y si no se necesita para nada, ¿cómo puede ser necesario? Y si él no es, ¿cómo lo sería el otro, pues que se suponen iguales? Luego es tan repugnante la suposición de que hubiera dos Dioses, que con ella sola basta para que no haya ninguno; pues que, declarados ambos necesarios y uno suficiente, con esto solo desaparece la razon de lo necesario, y en la suposición de dos claro es que no queda uno.

9. Hai mas: si, como lo acabo de demostrar, basta un Ser necesario para causarlo, mantenerlo y explicarlo todo, ya el otro puede concebirse sin existencia, y por tanto deja de ser necesario. Observad ahora, y fijad en esto mucho vuestra atención: todas las cualidades de los efectos ó cosas creadas suponen una cosa positiva, son relativas y por lo mismo comparables. Figuraos, por ejemplo, el entendimiento humano: la luz de un entendimiento no es la misma del otro: uno penetra, sabe, combina, discurre mas que el otro, ménos que el otro, ó igual al otro; pero la igualdad no identifica: un peso es igual á otro peso, pero no son el mismo peso. Si el que tiene uno adquiere otro igual, ya tiene dos, tiene como dos, tiene doble caudal. Luego se concibe muy bien que si una persona reuniese las luces de su entendimiento y sus conocimientos respectivos con las de otro, tendria respectivamente más; pero no por esto lo tendria todo. Mas si llegase á reunir el entendimiento de todos, ó mas bien, si tuviese un entendimiento necesario, absoluto, infinito, ya no era capaz de aumento, y su entendimiento sería de tal suerte uno, que no admitiria otro igual, porque otro igual sería otro todo. Ahora bien: ¿era un mismo todo? Luego no habia dos. ¿Eran dos todos diversos? Luego dos juntos harian mas que uno solo, y entónces ninguno representaria el entendimiento necesario, absoluto, infinito. Ved pues otra prueba concluyente de que no puede haber mas que un solo Dios.

10. El conocimiento de Dios es para nosotros el de la causa de todo: pues bien, fi-

jaos en la naturaleza y continuad suponiendo que hai dos Dioses. ¿Uno solo de ellos lo ha producido todo? Entónces el otro está por demas, y su existencia sería tan inexplicable y aun inconcebible como la del efecto sin la causa. Hai mas: todos los efectos reconocen á su causa, y ésta ejerce sobre ellos aquel dominio consiguiente á la creación ó producción. El hijo reconoce, y acata, y obedece á su padre; tributo que no rinde á otra persona; y las creaturas reconocen por lo mismo á su Creador. Tenemos pues dos Dioses: uno que todo lo puede; pero solo uno que todo lo hace, solo uno á quien todo reconoce, solo uno que á todo gobierna. Ved aquí una desigualdad inmensa; ved aquí destruida la suposición de dos Dioses. ¿Supondrémos que cada uno ha hecho su creación? Luego cada uno tiene su imperio; luego ninguno lo tiene todo; luego ya queda destruida la suposición de dos seres necesarios, infinitos é iguales.

11. No nos censemós ni perdamos el tiempo en andar buscando argumentos contra una suposición tan palpablemente absurda como singularmente monstruosa y evidentemente imposible. La unidad de Dios, amados hijos, es una cosa demostrada por la misma razon natural, y tan necesaria para ella, que de otro modo andaria siempre hundida en el mas tenebroso caos. Por lo demas, la unidad de Dios es una verdad, no solo evidente para la razon, sino firme para la creencia. El Génesis nos dice: que en el principio creó Dios el cielo y la tierra; luego fuera de la tierra y el cielo, es decir, del conjunto de los efectos ó cosas creadas, no hai mas que un Dios. El mismo Dios, interrogado por Moisés, le dijo: "Yo soi el que soi." Este candillo, segun leemos en el capítulo 01, v. 4 del Deuteronomio, dijo á su pueblo: "Escucha, Israel: el Señor nuestro "Dios es un solo Señor;" concepto que despues tuvo un eco sublime en la voz de nuestro Señor Jesucristo, como lo manifiestan estas palabras suyas que leemos en el capítulo XII, v. 19 de San Márcos: "Escucha Israel; el Señor tu Dios es un solo Dios."

12. Los apóstoles comenzaron su Símbolo por la unidad de Dios: *Creo en Dios*; y mas tarde aquel dogma quedó enunciado con la última exactitud por la voz de la Iglesia y el órgano del Concilio Niceno en estas palabras: *Creo en un solo Dios*.

## II.

13. Mas no basta saber que hai un solo Dios, y en consecuencia, que Dios es único, no pudiendo haber ni concebirse otro: preciso es adelantarnos á investigar cuál es su naturaleza. Hemos visto que en el conjunto de los seres hai dos clases; espíritus y cuerpos: que el hombre reúne las dos en su ser, pues consta de cuerpo y alma: veamos ahora lo que Dios es. Nuestro manual catecismo satisface á esta cuestion en una pregunta con su respuesta. *¿Tiene Dios, dice, figura corporal como nosotros?* y responde: No en cuanto Dios, porque es *Espíritu puro*. Muy á propósito ha empleado nuestro catecismo las palabras *en cuanto Dios*, porque habiendo encarnado el Hijo, que es Dios, en las entrañas de María, resultó que quien de ella nació y se llamó *Jesús ó Jesucristo*, fué al mismo tiempo Dios y hombre verdadero. Síguese de aquí que Dios es Espiritu puro solo en cuanto Dios, mas no en cuanto Dios y Hombre, y en consecuencia que

cuando hablamos de la naturaleza de Dios, para demostrar que es un Espíritu puro, no suponemos la Encarnación del Verbo, sino que consideramos únicamente á la Divinidad.

14. Un espíritu, hijos míos, es una sustancia simple, que no admite composición ni separación de partes, y esta simplicidad es por sí un carácter de excelencia y un signo de nuestra superioridad sobre la materia. El hombre sin duda es superior á los cuerpos; porque piensa, quiere, obra por sí, tiene en sí mismo el principio de su acción: los cuerpos son inferiores al hombre; porque no piensan, ni quieren, ni obran por sí, ni llevan en sí mismos el principio de su acción. Dos clases de obras ó de movimientos hai en los cuerpos: las de la naturaleza y las del arte. La acción y el movimiento natural de los cuerpos es el efecto de una lei que Dios les impuso y ellos necesariamente siguen, es decir: la siguen sin conocerla, porque no piensan; sin aceptarla ni resistirla, porque no tienen la facultad de querer ó no querer; sin ponerla por sí mismos en acción, porque no piensan ni quieren. El movimiento, y la acción, y las combinaciones, y las formas de la materia en fuerza del arte, representan el pensamiento, la voluntad, libertad y poder del hombre. ¿Por qué un reloj se mueve y obra con tan maravillosa exactitud, que divide perfectamente el tiempo hasta en sus últimas fracciones? Porque el hombre le ha inventado y hecho aparecer, le ha concebido en su pensamiento y ejecutado con sus manos. Resulta, hijos míos, de lo dicho, que la mas excelente y perfecta de las naturalezas creadas es la espiritual; que lo de mas baja condición en esta línea es el cuerpo. El cuerpo se divide, y con esto se meoscaba; mas el espíritu es indivisible: el cuerpo se combina con otro, mediante la composición, y con esto se altera y confunde; mas el espíritu es incombinable: el cuerpo tiene determinados límites de extensión, determinada cantidad de peso, necesidad de un determinado vacío para estar, pues donde está uno, es imposible que al mismo tiempo esté otro; mas el espíritu no tiene peso ni extensión, ni necesidad de lugar; domina toda la extensión con su pensamiento, los tiempos pasados con su memoria, los futuros con su prevision; se eleva desde todo lo limitado y relativo hasta el Ser absoluto, inmenso, infinito. Si el hombre muere, ved aquí las consecuencias, no de una alma que acaba, sino de un cuerpo que se destruye: si el hombre sufre el dolor, las enfermedades y achaques de la naturaleza, es con motivo de su cuerpo, naturalmente alterable. ¿Qué se infiere de todo esto, hijos míos? Que un ser esencialmente perfecto debe ser esencialmente espiritual y absolutamente simple. Por esto la misma razón con sus luces nos manifiesta que Dios es Espíritu. ¿Queréis empero una prueba histórica de esta misma verdad? ¿Queréis ver cómo nos la manifiesta no solamente la razón con su ciencia propia, sino el humano testimonio con sus noticias? Pues habéis de saber que antiguamente y entre los gentiles, es decir: donde no había revelación y donde solo se gobernaba el hombre por las luces de su razón natural, hubo filósofos que, considerando la Naturaleza divina, no pudieron concebirla corpórea, y en consecuencia la reconocían y demostraban como espiritual. Xenófanes, hablando del Dios Supremo, como él le llamaba (*Maximus in genere Divum, Deus unus*) dice que no tiene cuerpo. Piaton ya le reconoce como inmutable, ya como inmóvil, lo cual manifiesta su espiritualidad: él y Sócrates, según el decir de Plutarco, afirmaban que Dios es uno, que no tiene principio, y sobre todo, que es *espiritual*, libre de toda materia y age-

no de toda cosa pasible. Aristóteles dice que "Dios es una sustancia eterna, inmóvil, separada de cuanto puede ser percibido por los sentidos; que no tiene ninguna extensión, y por consiguiente que es indivisible, y esto mismo enseña Plutarco en una de sus obras morales. Y todo esto, amados hijos, no está probando palmariamente que la espiritualidad esencial y simplicidad infinita de la naturaleza de Dios es una verdad que no habia menester de revelación divina para ser conocida del hombre? Si la razón natural no fuese bastante para elevarse á este conocimiento sublime, ¿tendría él tantos testimonios tan señalados como el que le dieron aquellos esclarecidos filósofos? No hai mas que dos medios para conocer la verdad; la razón ó la revelación: luego si aquella verdad fué conocida por filósofos gentiles, que absolutamente no contaban con la revelación divina, es claro que llegaron á ella únicamente por las luces de razón.

15. Pero estos conocimientos, que aunque naturales fueron muy raros entonces, porque demandaban talentos de primer orden, meditaciones continuas, un pensar profundo, una vasta observación, &c., &c., cosas que no podian suponerse en el comun de los hombres, han venido á ser hoy vulgarísimos, universales en toda la especie humana por la doctrina de la revelación. Jesucristo terminantemente dijo, como leemos en el capítulo IV, v. 24 del Evangelio de San Juan, que Dios es Espíritu: *Deus Spiritus est*. Esto mismo explicaron constantemente los Padres de la Iglesia, y esto mismo ha entendido y creído siempre la sociedad católica.

16. Pero, si Dios es Espíritu y es al mismo tiempo causa de todo; si por otra parte, la causa debe contener de algun modo las perfecciones del efecto, y si la materia es un efecto é importa en sí alguna perfeccion aunque relativa, y en consecuencia debe contenerse de algun modo en Dios, que es su causa: "¿cómo se hallan en él, me diréis, las perfecciones de la materia?" De intento, hijos míos, me propongo esta dificultad, y para contestarla, no os diré que la materia existe por creación y no por producción, modos muy diferentes de ser y que todo lo explican en el caso: no os diré que, cuando una cosa es producida por otra y salida de ella, participa de su naturaleza y está físicamente contenida en su causa, y cuando aparece por un solo acto de la voluntad, no hai necesidad ninguna de identificar la naturaleza del efecto con la de la causa: porque basta el que la materia sea un ser y un ser positivo, para que sus perfecciones estén contenidas en Dios de alguna manera. Os diré pues, que lo están, porque esta es una verdad, pero como deben estarlo, y no como en ella figuran; de una manera esencial, absoluta, infinita: lo están en lo positivo del ser, y no en la limitación del ser: lo están en su inmensidad, porque en la inmensidad cabe cuanto se mide, cuanto se limita en sus extremos, cuanto se divide y separa. La perfeccion de un cuerpo en cuanto es extenso, consiste en su extensión, y no en sus límites, y así podría irse discutiendo sobre todo. "¿De dónde viene, pregunta el sabio Fenelon, Arzobispo de Cambry, que estando en Dios la "extensión, &c., no quiera yo llamarle extenso y corporal?" "Hai, responde, una extrema diferencia entre atribuir á Dios todo lo positivo de la extensión, y atribuirle la extensión con algun límite ó negacion. Quien pone aquella sin límites la cambia en *inmensidad*: quien la establece con algun límite, constituye luego la naturaleza corpórea. "Destituid á la extensión de sus límites, y le quitáis en el mismo hecho la figura, la

“divisibilidad, el movimiento y la impenetrabilidad: la figura, porque resulta nada más que de los límites de una superficie; la divisibilidad, porque lo infinito no podría, sin perder su esencia, ser disminuido, ni por consiguiente dividido, ni por consiguiente compuesto y divisible; el movimiento, porque si suponéis un todo destituido de partes y de límites, no puede moverse más allá de su sitio, pues no hai sitio más allá del verdadero infinito, ni cambiar la colocacion y situacion de sus partes, pues no tiene partes ningunas que le compongan: en fin, la impenetrabilidad, puesto que ella no puede concebirse sin concebir dos cuerpos limitados y diversos, cada uno de los cuales no puede ocupar á un mismo tiempo el mismo espacio que el otro ocupa: es así que no pueden suponerse dos cuerpos de la manera referida en una extension infinita “é indivisible; luego en ésta no hai ni puede haber impenetrabilidad.”<sup>1</sup>

17. “De las ideas que os acabo de exponer, se infiere claramente que Dios tiene en un grado eminente la parte positiva de las perfecciones de la materia, sin tener nada de corpóreo: y esto es tan evidente, que se halla íntimamente ligado con las primeras verdades. Para negar lo primero, seria preciso sostener el absurdo de que hubiese un efecto sin causa; para negar lo segundo, seria indispensable quitar á Dios lo infinito, y precipitarse en el ateísmo. ¿Qué más se necesita? Asegurada la razon con la evidencia de estas primeras verdades, no deben inquietarla por cierto los sofismas y cavilaciones de un entendimiento orgulloso. Si queriendo pasar de aquí, persistiendo en explicarlo todo, intentamos analizar á Dios, y nos empeñamos en hacer entrar su inmensidad en el pequeño círculo de nuestra inteligencia, decididos á no creer nada mientras no le comprendamos todo, nuestra logara es irremediable y nuestra condicion en extremo lastimosa. Contentémonos con lo que se nos ha dicho, y no aspiremos á lo que no se nos quiere revelar: seamos dóciles á la inspiracion benigna de una razon exenta de preocupaciones, y esto nos basta para entender con claridad y triunfar de todos los sofismas.” Ven-gamos al tercer punto.

### III.

18. He reservado para este lugar manifestaros, que Dios nuestro Señor es, no solamente único, no solamente espiritual y simplicísimo con toda clase de simplicidad, sino infinitamente perfecto: porque, hijos míos, quien dice *perfeccion infinita*, lo dice todo.

19. “Cuando decimos que Dios es perfecto, advierte muy oportunamente Bergier en su Diccionario de Teología, entendemos que es el Ser por excelencia, que existe por sí mismo, que no tiene defecto, cuyos atributos no pueden aumentar ni disminuir, puesto que son infinitos. Por consiguiente todos estos atributos son perfecciones absolutas. Al contrario, entre los seres creados no hai ninguno que sea absolutamente perfecto, ninguno cuyos atributos no sean susceptibles de aumento ó disminucion, puesto que son limitados.” Esto quiere decir, amados hijos, que un ser infinitamente perfecto tiene la perfeccion absoluta, suma y pura. Una perfeccion absoluta no es comparable con otra ninguna, no admite el más ni el menos, no supone otra; es toda y sola; tal es la perfec-

<sup>1</sup> Fenelon. De l'existence de Dieu: 2<sup>a</sup> part. chap. V, art. 4<sup>o</sup>.

cion de Dios. Una perfeccion suma reúne actualmente las perfecciones todas: es decir, ninguna cualidad, ninguna prenda, nada de lo que acá llamamos perfecto, aunque relativamente, deja de estar en aquella perfeccion infinita. ¿Por qué? Porque cuanto es efecto supone una causa de donde venir, y no solo en algo, sino en todo aquello que le constituye: porque si algo hubiera que no emanase de su causa, ya se daría efecto sin causa, ó si teniendo causa no viniese de Dios, ya Dios no seria el Ser necesario y supremo y la causa de las causas. ¿Qué hai en lo creado, hijos míos! ¿qué son las perfecciones de las creaturas? ¿El ser, aunque contingente? Pues en Dios está el Ser necesario: “Yo soi el que soi, dijo á Moisés.” ¿La permanencia del ser, ó sea la duracion y la vida? Pues Dios es la vida por excelencia como Eterno. ¿La inteligencia, la sabiduría, la ciencia? Pues Dios es inteligencia infinita, ciencia infinita, sabiduría infinita. ¿La voluntad? Pues Dios es voluntad suprema, irresistible, libertad perfecta y absoluta. De esta suerte pudiera yo ir discurriendo, y no acabaria nunca; porque, dando la vuelta, digámoslo así, al cuadro de lo existente, habria menester de remontarme hasta la region de lo posible. Pero no es necesario esto; pues el simple uso de la razon basta para persuadirse de que Dios dejaria de ser Dios, si alguna perfeccion le faltase; de que no podría existir ni aun si quiera concebirse una perfeccion que Dios no tuviese; de que, viniendo de él cuanto existe y ha existido, en él están sin límite ninguno y en grado infinito las perfecciones de todo lo creado, y pudiendo hacer pasar á la existencia lo que solo es posible, hai en él todas las perfecciones posibles: de donde se infiere que Dios es la perfeccion suma. Finalmente, una perfeccion pura es una perfeccion sin mezcla de imperfeccion; entendimiento sin sombras, conocimiento sin límites, voluntad sin obstáculos, libertad sin abusos, poder sin resistencia, bondad sin la mas leve malicia, &c. Pues bien: así están en Dios todas las perfecciones existentes y posibles: porque, si nada perfecto puede explicarse ni concebirse sin Dios, nada imperfecto puede suponerse ni aun imaginarse en Dios. Luego Dios es infinitamente perfecto. De esta verdad, hijos míos, pudiera yo traerlos aquí, como lo hice hablando de la simplicidad de Dios, muchísimos testimonios de los filósofos gentiles, como una nueva prueba de que la perfeccion infinita de Dios es una verdad que se manifiesta, no solo á la creencia por una revelacion divina, sino al entendimiento natural por el discurso. Habéis visto ya la definicion de Aristóteles: ved ahora una descripcion magnífica de Plutarco, y valga ella por cuanto pudiera citar de los otros filósofos; dice así: “Dios es y existe, no segun alguna medida de tiempo, sino por toda una eternidad inmutable é inmovible, no medida por tiempo, ni sujeta á alguna alteracion: en la cual no hai pasado, ni futuro, ni mas nuevo, ni mas antiguo, sino una perpetua y real existencia presente, que con un *ahora* llena toda la eternidad; y ninguna cosa tiene real existencia, sino él solo, sin que se pueda decir: fué ó será; sin principio ni fin.”<sup>1</sup> Todas estas palabras manifiestan que este filósofo, con solo meditar atentamente acerca de Dios, conoció por la luz natural que es infinitamente perfecto; pues á esto equivale cuanto dice, principalmente en aque-

<sup>1</sup> Plutarch. de Delph. tom. 2, pág. 393. Véase á DUKENS en su obra intitulada: “Reflexiones sobre el origen de los descubrimientos atribuidos á los modernos.” Part. IV, cap. 26. De él he tomado estas citas, y trae otras muchas muy dignas de verse.

llas palabras que lo abrazan todo: "ninguna cosa tiene real existencia sino él solo:" es decir: toda perfección, cualquiera que sea, está en Dios y solo en él es real y esencial, como si dijéramos, absoluta, necesaria, infinita, eterna.

20. ¿Qué se sigue de aquí, amados hijos! Que Dios es el Ser necesario, simplicísimo, inmutable y libre, infinito, eterno, inmenso; que posee una ciencia infinita de todo lo existente y lo posible: que es infinitamente sabio, infinitamente santo, infinitamente veraz, infinitamente justo: que en él se hallan por esencia todas las perfecciones existentes y posibles.

21. Habéis visto en toda esta instrucción que la razón natural basta, no solo para descubrir la existencia de Dios, sino también para conocer algo de su naturaleza: que bien dirigida, nos conduce á reconocer con toda luz que Dios es uno, y no puede haber más que uno; que es un Espíritu puro, simplicísimo en todo y por todo, y por último, que es infinitamente perfecto; y como estas verdades por medio de la revelación han sido manifestadas con la mayor claridad, perfectamente bien explicadas por la Iglesia y difundidas por todo el mundo, puede y debe decirse de ellas, como de la existencia de Dios, que hoy día y entre todos nosotros los que tenemos la dicha de poseer la fe, residen en nuestras almas bajo la triple forma de la ciencia propia, la fe humana y la fe divina. Demos á Dios infinitas gracias, hermanos é hijos carísimos, porque, siendo un Ser incomprendible, inefable, incapaz de ser expresado con palabra ninguna, como nota San Gregorio de Nicaea; porque siendo más fácil decir lo que no es, que explicar lo que es, como dice San Agustín; porque no pudiendo ser definido, como dice San Hilario, ni entendida ni explicada de modo alguno su esencia por la naturaleza humana, como advierte San Basilio; se haya dignado darnos, á pesar de todo, tanta luz para elevarnos á Su Majestad; tal conocimiento como el que representan las ideas que tenemos de su existencia, unidad, simplicidad y perfección infinita; tantos estímulos para vivir de su presencia, digámosto así, unírmos con él en la tierra y caminar por esta unión al goce y posesión eterna que promete á los justos en los cielos.



## PRIMERA PARTE

DE LA

## DOCTRINA CRISTIANA.

## SETIMA INSTRUCCION.

SOBRE EL MISTERIO ALTISIMO DE LA SANTISIMA TRINIDAD.

*Fides autem catholica haec est: ut unum Deum in Trinitate, et Trinitatem in unitate veneremus: neque confundentes personas, neque substantiam separantes.*

Esta es la fe católica: que veneremos á un solo Dios en la Trinidad, y á la Trinidad en la unidad, no confundiendo las Personas ni separando la sustancia.

Symb. S. Athanasii.

1. EN mis dos precedentes instrucciones, hermanos é hijos carísimos, os he hablado de Dios en cuanto puede ser conocido no solamente por la fe, sino también por la razón; pues tanto la una como la otra manifiestan al alma como verdades incontestables la existencia, unidad, simplicidad y perfecciones infinitas de Dios. Mas no es esto lo único que debemos saber y entender acerca de Su Majestad Divina: porque se ha dignado darnos de su esencia y naturaleza nociones elevadísimas á que no podía llegar nunca la razón humana. Estas pertenecen exclusivamente á la fe, no pueden ser conocidas sino por ella, son esencialmente oscuras, y por lo mismo se llaman *Misterios*: porque *misterio* quiere decir, en su significación más estricta, cosa oculta, verdad incomprendible, y á ellos aludía el apóstol San Pablo, cuando escribiendo á los fieles de Corinto, les decía de esta manera: *Predicamos la sabiduría de Dios en el misterio*. El primero, el más elevado y sublime de todos los misterios de la fe católica es el de la Santísima Trinidad; porque trata de Dios en su esencia y naturaleza, y funda toda verdad, lo cual hacía decir á San Juan: *Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres no son más que uno*: y por esto final-